

Pinturas

MAR RIOLOBOS

A Juan Carlos Lázaro “le interesa la pintura sola. La pintura puesta al servicio del fin que le es inherente a sí misma. Su desnudez, su presencia sencilla. Por esto depura los objetos de sus detalles descriptivos y circunstanciales, volviéndolos puros elementos compositivos, pintura sola.

Este es el verdadero tema de sus cuadros: hacer hablar a la pintura con sus propios medios, que sea sólo la pintura la que cuente cosas”. Con las palabras anteriores se presenta en la galería Fernando Serrano, en Moguer, la exposición del artista extremeño Juan Carlos Lázaro, afincado en Madrid, que viene trabajando de forma regular para la sala onubense.

Pocos artistas, ensimismados en la creación como él, se han despojado tanto de reclamos. Desde hace casi un lustro su forma de hacer busca la invisibilidad de la materia plástica. Las grandes posibilidades que ofrece la pintura todavía tienen en Juan Carlos Lázaro un exponente singular.

El tema de sus creaciones es un pretexto para pintar. Ha elegido, como Morandi, el bodegón y sus infinitas variantes. Imágenes elementales, de uno, dos o tres elementos a lo sumo. Tazas, cuencos, jarras, limones, membrillos, alguna flor... Cosas que navegan en la superficie plana del cuadro y tienden a encontrar un centro sin destacar a penas.

Porque lo importante para el artista es el oficio de pintor, la actividad de pintar, adunar materia en torno a un pensamiento que se siente y se expresa con pigmentos y aceites para dejar huella, una marca más que contiene su impronta ligera y tenaz, perseverante. Las referencias a pintores de nuestros días, su homenaje callado, se puede rastrear de manera sutil en la manera en como Juan Carlos Lázaro accede al acto creador. La humildad de su planteamiento, que nos hace pensar en Antonio López, no está reñido con la hondura, más bien, tiende a fortalecer su apuesta pictórica que se hace así más poética y universal.

Podemos ver entonces un membrillo isla en el mar de fondo, una superficie hollada de colores que se suman para desaparecer en tonalidades de vapor de agua. Ese universo de claridad importa tanto como el motivo aparente, por cuanto nos da la variante fantasmal que interesa al artista. Esa irreal aparición en la que nos parece echar de menos siempre algo. En torno a esa carencia se establece el diálogo.